

SOLLER

SEMANARIO INDEPENDIENTE

VELADA LITERARIA

ORGANIZADA POR LA SOCIEDAD "CÍRCULO SOLLERENSE,"

En honor al eminente literato y afamado pintor D. Santiago Rusiñol

Para que nuestros lectores puedan mejor formarse juicio de esta velada, celebrada el martes último en el salón-teatro de la *Defensora Sollerense*, y de la cual damos cuenta en otro lugar del presente número; publicamos á continuación los escritos que fueron leídos en la artística fiesta; debiendo, pero, hacer constar, ante todo, que el SOLLER queda sumamente agradecido á los notables escritores, que con una caballerosidad sin igual, accedieron á facilitarnos los originales tan ingeniosamente brotados de sus plumas.

DISCURSO DE D. PEDRO ALCOVER

SEÑORES Y CAVALLÉS:

Ja sabeu tots que se tracta de festejar en Santiago Rusiñol. Com es tant fruit, bé voldriem qu'arrelés en aquesta comarca, y enamorado de Sóller, fins a n'es punt de que s'anyorancia l'obligás a torná sovint a visitar-nos y a viure entre notros. Per aixó, sols podem confiar en ses bellezes naturals de ses peyres y d'els paisatjes d'aquesta comarlarada. Perque es nostro concurs personal es tan petit, que sense sa poderosa ajuda d'altres mallorquins ilustres, que feu aquí presents, y qui sempre nos han aidat en aquesta casta de lluites, no hauriem conseguit més que destorbá l'artista dels seus naturals arrobaments y complacencies.

¿Qui es en Santiago Rusiñol? En Santiago Rusiñol, es... es en Santiago Rusiñol. Tots el coneixen. Y jo me guardaré prou bé de donarvos una fotografia d'aficionat (única retrato que sabia fer-vós); perque sé que teniu d'ell una idea exacta; perque l'haveu saborit, l'haveu vist, y tots el sentim y el sentirem probablement tota sa vida.

Li dona aquesta modesta vetlada literaria Es «Círcol Sollerenc.» Y es «Círcol Sollerenc», que també sabeu molt bé la majoria dels qui m'escolten, es en Jaume Torrens. Vull dir:

Aixís com sa pietat, o es fervor religiós aixeca tempies y monuments en commemoració d'un miracle o a sa gloria d'un sant, en Jaume Torrens aixecá es «Círcol» en commemoració d'els miracle que va obrá ab ell s'esport de sa bicicleta, qui li torná sa salut seriament compromesa. Però, per una felix y natural y propia coincidencia, aixís com en Rusiñol, ab ses seves obres nos fa riure plorant y nos fa plorá riguent, així mateix en Torrens ha organiat es «Círcol», donant sa salut corporal y espiritual a trescents y pico de joves qui anaven desperdigats per aquí, ab tal manya y tanta dolçor, que també els fa plorá riguent, y els fa riure plorant.

Ara que sabeu de qué se tracta, no vull robavos més sa vostra atenció, avara segurament d'altres emocions més grates que vos esperen.

PERE ALCOVER.

Novembre 1902.

A UN GENI

Que bé podria resultá ser en Santiago Rusiñol, ab motiu del seu voluntari, encara que curt desterro, en aquest recó de mon.

Si els homes sou tots germans Com diu la Sagrada Historia. No sé perqué major gloria Correspon sempre a-n'els grans.

Si el neixes fa sens engany Y del morí ningú escapa,

Just es qu'el qui no té capa S'abrigui ab la del company

¿Perqu'es qu'aquest bon seuyó, Que li diuen Rusiñol, Ha de pintar com'el sol, Y escriure encara milló?

Sa fama, may desmentida Ressona en tot l'hemisferi; Diga-me ¿Per qui misteri La té tan ben adquirida?

Perqu'es artista que val, Simpátic, estudiós, Perque pinta, ab los colors Purs y nets, sense rival.

Si ls animals tenen rey En forsa, comes y cant, Será just, será de lley Que Rey hey haja pintant.

Qu'el geni neix y no's fa, Es cosa que tots sabem; Menjam, vivim y creixem Per morir a l'endemá.

Si l'ingeni es pura esencia Del geni que Deu nos dona, ¿Quants ne coneç, y fá estona Que mereixen reverencia!

Visca l'artista afamat, Visca el catalá patriá, Preguem tots qu'un nou ofici El torn desterrá aviat

A Sóller, poble estimat, Qui recorda el seu, qu'es Sitjes, Y alá sens fer res a mitjes, Té l bell Museu «Cau Ferrat».

Gloria, doncs, a Rusiñol, Pintor de fama y valia, Saludemlo ab simpatia A fi que torni si vol.

JAUME TORRENS.

Novembre 1902.

Y ASI MURIÓ

Pasaban siempre al anochecer. A larga distancia Rosa y su abuelo, tio Longinos, sentados y á la puerta del corral, oían el rumor de las esquilas innumerables... Era un tintineo sin fin, dulce como el gotear de una fuente, nostálgico en aquella hora beatífica y en aquel paisaje inmóvil sumido en un profundo silencio de la adoración. Por las lomas y sobre el crepúsculo diáfano y verde aparecía el ganado, la gran masa ondulante, los machos con los cuernos partidos en lucha por la hembra, los cabritos patizambos, las cabras madres que al avanzar mecían de pata á pata las ubres hinchadas cubiertas de polvo. Y á lo último, Pablo seco y testado como un beduino.

Frente al corral deteníase el ganado á beber. En tanto que las cabras se entracimaban alrededor de la pileta del abrevadero, el mozo liaba un cigarrillo á tio Longinos y trababa palique con Rosa. El viejo recibía al pastor con las zumbas de costumbre, con cada ajo y cada chiste capaces de poner al rojo vivo la cal de las paredes.

—Vamos, vamos—decía el abuelo—Rosa te gusta. Si no estuviera yo aquí ¿eh...? Te la comerías á besos.

Y Longinos se sacudía las orejas. Hecho una ruina le bailaba el alma. Lo vivían atrocidades; los muchachos soltaban el trapo á reír. ¡Era más bueno el «viejecito!» Quería al pastor como si fuera sangre de su propia casta. Ginés, padre de Pablo, y el abuelo de Rosa habían sido y eran compinches inseparables, carne y uña. Longinos había visto nacer al muchacho: él le arrulló; él le sacó de la pila y hora tras hora atendió á su crec-

miento con la misma solicitud y gusto con que en los años de agua veía esponjarse los sembrados en la vega. Diariamente Longinos, señalando el Dorado, su camello, le decía al pastor, entre veras y bromas:

—Mira, cuando yo me vaya á los plátanos (morirse) será tuyo. Deja las cabras. Te haces arriero. Es otra cosa.

Pablo acogía la promesa levantando los hombros. Vamos, no se entusiasma. La satisfacción era para su padre que con los ojos bailando de codicia miraba ya el camello como herencia indiscutible. ¿Ambicionar Pablo? No le conocían. Que le dejaran tranquilo con sus cabras, en su monte. Y de allí á la Gloria, Bueno. Ya estaba liado el cigarro. Al despedirse Pablo, Rosa se plantaba en mitad de la vereda. Llegaba para la chica el momento de placer renovado cada tarde; contemplar el desfile del ganado, verse perdida, arrastrada por el gran remolino; sentir en las piernas el roce del vientre de las cabras, en tanto que la envolvía como onda turbadora el acre olor de los machos.

—¡Adios! ¡Adios!

Detrás de todos seguía el Lucero, el mastín cojeando dolorosamente, alzando de cuando en cuando la pata inútil. Lejos, por la vereda blanca y sin contornos, se perdía el ganado. Marchaba lentamente bajo el misterio de la noche, mientras que allí, en el aire y al son de las esquilas encendíanse las estrellas una á una...

Un día, al amanecer, llegó el Dorado á la puerta del corral. Media dormida, oyó Rosa, desde el catre, el resuello de la bestia que hociaba por las rendijas del portalón. Displícite y perezosa, la muchacha se estuvo quieta dando tiempo á que su abuelo se bajara á abrirse paso por sí mismo. Dos, tres minutos corrieron. Nada; ni voces en las viñas, ni chirridos en el cerrojo, ni el lamento de los goznes largo y doliente como el llorar de las becerras. La luz del alba se metía por el resquicio del postigo, y bajo la cama de la moza y en un nidial de piel de cordero la ería de la clueca despertaba piando alborozada. El viejo no se movía. Era inútil dejar el portalón entornado. Con los pies desnudos y mal ceñido el zagalejo, Rosa corrió á abrir. Lo que de costumbre; el abuelo llegaba ronca que ronca.

Confiado al instinto del animal, el hombre en sus largos viajes nocturnos del Puerto á su casa, se dormía recostado en cruz de la silla, al rítmico paso de la cabalgadura. Eso cuando no llegaba como un pellejo, chorreando alcohol y sin blanca en el bolsillo. Entonces era cosa de transportarle en una expuerta de acarrear tomates, á dormir la mona al aire libre. Los granujas de los pueblos de tránsito conocían ya las debilidades del viejo. Al divisar el Dorado con Longinos dormido, gritaban á una:

—¡Tuche, Dorado!... ¡Tuche, demonio...!

El camello no pecaba de tonto; pero á veces caía en el lazo; hincaba las rodillas para echarse y Longinos se despertaba en tierra vomitando maldiciones.

Frente á Rosa, el Dorado permanecía erguido. La chica se aproximó. ¡Cristo! ¡Y cómo llegaba el viejo! Blancos los ojos, torcida la boca, las piernas velludas y quemadas, abiertas como un horcón; todo, lo mismo como si se hubiera caído de lo alto de una torre. Atemorizada, Rosa le llamó en vano.

—¡Abuelo, abuelo!

Le tiró de una pierna: la pierna no «jugaba.» A Rosa se le quedaron las venas sin sangre. Despavorida se metió en el corral gritando:

—¡Madre, madre! ¡Muerto!... El abuelo muerto!

Muerto, bien muerto, agarrotado. La muerte le había sorprendido en las veredas extraviadas, en la quietud de los campos solitarios, bajo el cielo estrellado y sereno, testigo mudo de sus interminables soliloquios de beodo. Una mueca, un temblor de mandíbulas, el alma se quedaba atrás y el Dorado siguió su camino columpiando el muerto entre las palmeras invisibles que poblaban la sombra de suspiros y murmullos.

En un rincón, en lo más oscuro del cuarto Rosa y su madre, Dolores, hija de Longinos, lloraban silenciosamente. Pablo, Ginés y Antonio Barreto, primo de Rosa llegado al enterarse de la desgracia, aguardaban sin chistar, perdida la conciencia y los ojos errabundos. El cura se había dormido con la cabezota caída sobre el pecho y los pies al soque se colaba por la puerta abierta de par en par. Uno á uno entraban los pollos cautelosamente á beber en el tazón de agua bendita. Por el borde del ataud asomaban las rodillas y la nariz del muerto. Un diluvio de luz rodeaba la casa, inundaba los campos. El silencio era profundo, triste como debe de ser el silencio de las alturas sin fin. Cortábanlo á veces, fuera el resoplal del Dorado, dentro el hipo estertoroso de las mujeres inconsolables.

Cuando llegó la hora de partir, el ataud no se podía cerrar. Las mujeres, locas de dolor, chillaban restregándose las manos. Había que concluir pronto, de cualquier manera. Pablo se dejó caer sobre la tapa del ataud y los huesos del viejo crujiéron como un manajo de arbustos aplastados. Todo acabó. En marcha. El viaje no era corto: tres horas de camino sin parar. Delante, atravesada en la joroba del camello iba la caja mecándose dulcemente sobre los trigos...

Pablo se negó en redondo á exigir el cumplimiento de la voluntad del difunto. Ni éste le prometió nunca en serio el Dorado ni aun cuando se lo hubiese prometido, existían «papeles» que acreditaran la promesa. Bien lo sabía Ginés: al viejo le repugnó siempre tratar de aquellas cosas tan íntimamente relacionadas con el morir. Convencido el padre de que Pablo no cejaría, le dijo resuelto:

—Bueno, si no vas tú iré yo.

Y una tarde, á tiempo que allá en la montaña el cabrero dormía sobre las grandes peñas, pobladas de lagartos, Ginés se puso la cachorra y fue en busca de Dolores.

A la primera insinuación, la mujer saltó hecha una pólvora. ¡Sinvergüenza! ¡Qué se limpiara el hocico! Y vació sobre Ginés todo el odio, la rabia toda acumulada desde la infancia. Dolores no había olvidado, no olvidaría jamás que aquel hombre era el autor de las francachelas que tan hondos quebrantos había causado en la hacienda y en la salud de su padre. Ginés perdió los estribos. ¡Hija de tall! ¡Roñosa! Dolores se puso livida; agarró un ganigo y lo tiró al viejo, á la cabeza. Si le coge se la deshace. Las relaciones entre ambas familias quedaron rotas. Tres días después Dolores vendió el camello.

Cuando Pablo se enteró de lo ocurrido estuvo una semana sin hablar á su padre. Ahora el cabrero hallaba el corral cerrado á cal y piedra. Dentro cantaba Rosa. Algunas veces la oía reír con Barreto que la visitaba casi á diario. El pastor sentía un impetu loco que le hacía temblar las piernas. Una tarde arrancó un geranio; lo tiró por sobre las tapias; desde el corral se lo rechazaron. El cabrero pateó la flor y siguió el camino. No pasó más por

allí; buscó otro abrevadero, otras veredas. Quiso olvidar á Rosa. Los domingos se emborrachaba; iba á las taifas y á las velaciones; no perdía una en diez leguas á la redonda. De tales holgorios salía á la una y á las dos de la madrugada, muerto de sueño y eructando aguardiente. Se perdía en los atajos; horas y horas caminaba sin rumbo; concluía por sentarse á esperar el sol. Mas la angustia de ser sorprendido y destripado por los camellos que en los meses de brama huyen de los corrales para vagar fieros y libres, le obligaba á levantarse y á marchar sin descanso. Tal era su vida. Pero, ¡ay! no lo lograba, no podía acostumbrarse. Cuando de noche, después de la cena, se tendía en los poyos del patio, el alma se le escapaba, se le iba volando á discurrir tristemente alrededor de la casa de su padrino, en torno de la lucecita del hogar vedado, lejana y sola en la llanura como una Lágrima de la Virgen, caída desde el cielo. Y Pablo se dormía al fin con el alma ausente y el corazón y la cabeza colmados del recuerdo de Rosa, del diablillo querido, alegre como un álamo en días de viento, graciosa, ondulante como el humo de las hogueras en tardes de calma.

Solo y fatigado, con la chaqueta al hombro y de regreso de un baile, volvía Pablo una noche á su casa. Era en el plenilunio de Abril. La luna besaba los sembrados, el camino, las veredas, las montañas silenciosas, casi invisibles, adivinadas en el horizonte. En un cercado ladraba un perro. Lejos se oía la voz de un grupo de gente que marchaba cantando hacia la mar. Se columbraba la casita de Rosa, cuando de pronto, sintió Pablo que á su espalda se abrían los trigos. Volvióse, y la piel se le erizó: era el Dorado, con la brama, suelto. Pablo se arrojó de golpe á la cuneta, y engrufándose, sin respirar, huyó sintiendo la muerte próxima, inevitable. El animal enfurecido le perseguía por lo alto del camino, arrastrando la cadena, galopando á veces, á veces deteniéndose para alargar el cuello y olfatearle en la sombra. La casita de Rosa blanqueada, aislada en medio del campo; instintivamente Pablo se lanzó á ella; el camello se arrojó á los trigos; entonces comenzó una fuga terrible. En la huida se le cayó á Pablo la chaqueta: el animal se detuvo, la olió un momento y siguió al galope. Al mozo le faltaban alientos. Tropezó dos veces. Las piernas le flaqueaban. Iba á morir, iba á morir. ¡Señor! Estuvo á punto de entregarse; de arrojarse á tierra para que el camello le escachara de una vez. Pero el miedo le azuzaba. De un brinco salvó los muros del corral. Al caer, Pablo sorprendió á Rosa, cuchicheando con un hombre, su primo. La muchacha se desprendió de los brazos de Barreto, y huyó. Este se puso en pie é hizo cara al importuno.

—¿Qué? ¿A qué vienes? Largo...

A Pablo le faltó voz para contestar. La ira, el cansancio horribles le ahogaban. Sintió que en su corazón se moría la alegría de vivir, la vida misma. Se apoyó en la tapia. Al cabo pudo hablar.

—No, no vengo por tí ¡ni por ella! El Dorado anda suelto; me ha perseguido; no me podía salvar; ¡Así me hubiera reventado antes! ¡Pero ahora, ahora me voy...! ¡Adios, adios, Rosa...!

Abrió el portalón, echóse al campo y cerró por fuera. En el sosiego de la noche oyóronse sus pasos claros y firmes,

